Samuel Sebastian

EL CINE SIN PAUSA

Una noche de febrero de 2011

Las noches se eternizan en la sala de montaje y varias veces se me hace de día en ella. Como en *Las mil y una noches*, me siento embrujado por las imágenes que aparecen frente a mí y, cuando vuelvo a la cama, la película continúa proyectándose en mi mente como si aún siguiera trabajando en ella. Al día siguiente, deshago todo lo hecho el día anterior y vuelvo a empezar el trabajo. El relato cambia de nuevo, ahora me siento una Penélope que espera desconsolada a un Ulises inexistente: la música no encaja, el ritmo no es el adecuado y los puntos de emoción del relato no están bien distribuidos. Son ya cuatro años los que he pasado sumergido en la misma película, pero la intensidad con la que me encuentro trabajando ahora no la he tenido nunca. El esfuerzo me ha costado una neumonía, el abandono de mis relaciones sociales y también dejar de lado otros proyectos más convencionales. Al escribir estas palabras pienso, por enésima vez, si merece la pena todo este trabajo.

La película en cuestión se llama *La pausa dels morts* (2011) y es un ensayo en forma de diario filmado sobre la ausencia de las personas queridas a partir de la muerte de mi madre. Al volver a contemplar las conversaciones entre ella y yo sobre la vida, la muerte, el arte o nuestro destino final, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Lo íntimo pasa a ser público a través de una ventana a la que yo mismo he dado vida, un momento cotidiano pasa a poseer una intensidad insospechada solo por el hecho de haber sido filmado y superar después todos los filtros del montaje. Al final del mes ya existe algo parecido a una historia, pero todavía quedan por rodar varias secuencias.

20 de marzo de 2011

Es el último día de rodaje. Cruzo toda la ciudad en bicicleta y filmo en solitario con una mezcla de placer y nervio-



sismo en la localización que me falta. Es la última pieza de un puzzle que durante mucho tiempo creí que nunca terminaría, lo cual le da una cierta solemnidad a aquel momento. Cuando vuelvo a casa, termino de grabar la voz en *off* y doy por concluidos el rodaje y la postproducción. Me siento afortunado, he escrito visualmente una obra desde su encabezamiento hasta el último fotograma, he reescrito el guion hasta la extenuación y la he montado hasta diez veces, con todas las posibilidades narrativas posibles. Me he tomado todo el tiempo que necesitaba y, al final, el resultado está a punto de ser comprimido, empaquetado y listo para transmitir emociones. La libertad creativa solo puede conseguirse con una independencia económica y la falta de presupuesto sin duda estimula la imaginación, por esa razón mi mente ha vagado durante tanto tiempo por tantos lugares indómitos hasta volver a su lugar de origen.

He conseguido que la primera proyección sea en un pequeño festival de Alicante dentro de dos meses y medio. Después de tanto tiempo de trabajo, me parece una eternidad. Esperaré. Hoy habría sido el cumpleaños de mi madre.

3 de junio de 2011

Es el día de la proyección y he cumplido con todos los rituales requeridos: promocionar la proyección por Internet, colgar los carteles de la película por todo el festival y contestar a las preguntas de los medios de comunicación locales. Algunas personas vienen atraídas por el misterio del título, y mucho más en un festival dedicado a documentales sociales; otras han hecho más de doscientos kilómetros para verla y los organizadores están satisfechos porque es la sesión con más público de todo el festival. En el fondo, todo me resulta indiferente; tras una breve presentación con el director del festival huyo aterrorizado de la sala y ni siquiera soy capaz de seguir la película en la cabina. Paseo por todo el pueblo, vuelvo al hotel, mis manos tiemblan cuando intento escribir en mi libreta. Pienso en las cosas más horribles mientras camino por la carretera que conduce hacia el pueblo de al lado. Llego lejos, muy lejos, a la parte más oscura de la carretera, pero no me siento a gusto en ninguna parte.

El cine se ha convertido en un espectáculo tan mediatizado que hemos olvidado que la relación entre el autor y el espectador puede ser directa, emotiva, intensa



Cuando vuelvo a la sala de proyección, la película está a punto de terminar, el silencio es tenso y la gente está tan perturbada que le cuesta aplaudir. Alguien del público me pregunta si la película me ha liberado y le respondo que no, que me ha esclavizado, que me ha dejado una marca para siempre en mi interior. Mientras las preguntas se suceden, me doy cuenta de que el público parece haber leído mis pensamientos durante la proyección. Todo resulta tan íntimo y a la vez tan impúdico por la fuerte vinculación que tengo con el documental, reforzada además por el hecho de ser una película independiente, autogestionada y autodistribuida. Me siento como si hubiera escrito una novela o hubiera pintado un autorretrato. Tal vez el cine se ha convertido en un espectáculo tan mediatizado que hemos olvidado que la relación entre el autor y el espectador puede ser directa, emotiva, intensa.

Al día siguiente, varios espectadores me dicen que, al despertar, la primera

imagen que les ha venido a la mente ha sido el último plano secuencia de la película.



8 de junio de 2011

Cuando comencé a vivir en Barcelona, paseé una tarde por la puerta de los Cines Alexandra y pensé que me gustaría algún día proyectar en ellos. Siguen manteniendo ese encanto *kitsch* de los cines de los años cincuenta y, cuando entras en ellos, te sientes como si estuvieras en otra época; de hecho, las películas contemporáneas se ven allí más bien con un anacronismo entre su exuberante decoración de inspiración barroca. Sueño realizado. En una muestra de cine independiente se proyecta *La pausa dels morts*. La proyección me resulta más sosegada, incluso llego a disfrutarla, pero luego la gente hace muchas preguntas, como si todos quisieran saber el significado exacto de cada plano y, en particular, del último, pero me niego a responderles. La organizadora tiene un gran interés en la película y me presenta a un productor y distribuidor. Me alegro mucho por ello, pero sé que en este mundo hay cosas que solo funcionan a través de la casualidad, de lo imprevisto, de lo intangible y es así como siempre lo he vivido.

20 de junio de 2011

El distribuidor ya tiene la película en su despacho y otra distribuidora de cine de autor, también. Siento como si una y otra vez jugara a la lotería. Unos cuantos festivales de aquí al Japón ya tienen también sus copias y también la Fnac, que proyectará la película el mes que viene. He dedicado una ingente cantidad de esfuerzos a la distribución, más que nunca en mi vida, y los resultados, como siempre, serán imprevisibles. Hoy, el Instituto Cervantes me ha pedido mi primer documental para una proyección en Estados Unidos, lo cual me ha hecho pensar en las largas y extrañas vidas que tienen las películas y que, si se las deja vivir en el mundo el tiempo suficiente, acaban teniendo una existencia propia más allá de la nuestra.

Hoy hace cuatro años que falleció mi madre, a quien le dedico *La pausa...* No sé si es mucho tiempo o poco, si durante este tiempo mi vida ha cambiado o será esta película la que la cambie o si todo seguirá igual en este pequeño ámbito de felicidad independiente en el que, en el fondo, tampoco le tengo que dar cuentas a nadie. Miro los tres nuevos proyectos que tengo sobre la mesa, cada uno en un estadio diferente de preproducción y, al mismo tiempo, los tres muy diferentes entre sí, como diseñados por tres personas distintas aunque todos reflejan partes de mi personalidad y mis preocupaciones, y pienso que, por cierto, hoy ya tengo un año más. ■



Samuel Sebastian es cineasta y dramaturgo. Sus películas han sido exhibidas en festivales y muestras de todo el mundo. Algunas de sus obras son: *El primer silencio* (2006), *La Moma* (2007), *Las Migrantes* (2009) y *El camino sin fin* (2010). Su última película es *La pausa dels morts* (2011) y, en coproducción con Francia, se encuentra su siguiente proyecto de ficción, *Loyal*.